

Gladiadores: Los que van a morir

Mauro Paladino



Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

El concepto que tenemos acerca de los gladiadores ha quedado impreso en la sociedad como un espectáculo execrable. Tradicionalmente se han considerado espectáculos sangrientos, que siempre terminaban con la muerte de uno de los contendientes, cuando en realidad no era éste el fin primordial del espectáculo, sino la exhibición de destreza, fuerza y resistencia, valores de una sociedad altamente militarizada que vivía por y para la guerra. La figura del luchador de rostro impenetrable, de esa auténtica máquina de matar que no tiene nada que perder excepto su vida, se ha convertido en todo un mito de la historia. La mayor parte de los gladiadores que luchaban en la arena lo hacían de forma voluntaria, como una profesión, y muchos de ellos en busca de fama y grandes recompensas económicas. La idea del gladiador esclavo que lucha por su vida o su libertad, o que cumple condena de esta manera, aunque existió realmente, no era tan común, y responde más a una imagen asentada por el cine y la literatura.

Es cierto que el gladiador común era encarnado usualmente por prisioneros de guerra o esclavos; pero más adelante, a medida que los combates gladiatorios adquirían reconocimiento y prestigio a lo largo del imperio, se hizo cada vez más frecuente que hombres libres apostaran sus vidas para dedicarse a la lucha en la arena. De algún modo, el oficio de gladiador llegó a profesionalizarse, y muchos de sus integrantes se convirtieron en deportistas de élite que ganaban una parte del dinero ganado en cada combate y también en las apuestas.

Afortunadamente, en la actualidad tenemos acceso a la tecnología científica. Uno de los descubrimientos más notables ha sido el de una tumba de gladiadores en la ciudad turca de Éfeso. Allí estaban enterrados decenas de huesos que pertenecieron a luchadores reales, cuyo análisis ha arrojado datos muy interesantes y renovadores que nos ayudará a analizar y comprender mejor sobre la verdadera vida de aquellos enigmáticos personajes.

Origen

De todos los espectáculos que se ofrecían en Roma y en las provincias del Imperio,

los *munera gladiatoria* eran los más populares. En la Antigua Roma el espectáculo consistente en ofrecer luchas de gladiadores se llamaba *munus* («deber», «obligación») porque originalmente esta práctica era

una obligación fúnebre que se tenía con el difunto recién fallecido; los familiares más allegados tenían el “deber” de ofrecer en memoria del muerto un combate de gladiadores (*munus gladiatorum*), con la idea de que la sangre del gladiador vencido pudiera favorecer al espíritu del fallecido en la otra vida. Los combates de gladiadores comenzaron en la esfera privada, como parte de los funerales de hombres importantes de la sociedad romana.

Como ya hemos visto, el origen de esta costumbre de hacer luchar a hombres armados durante los funerales la atribuían los romanos a los etruscos. El historiador Tito Livio especifica que la costumbre provenía del área de la Campania, de influencia predominantemente etrusca, donde los romanos combatieron tres guerras contra los samnitas entre los años 393 y 290 a.C., quedando los primeros influenciados por las costumbres de la zona. Una de ellas, tomada de los campanos (aliados de Roma), consistía en celebrar cenas amenizadas con combates de gladiadores, cuyos protagonistas eran samnitas capturados durante la batalla. De aquí surge la famosa denominación para este tipo de gladiador, el primero y más famoso conocido.

El significado principal de tales juegos funerarios consistía en que las almas de los difuntos se vieran propiciadas por la sangre humana. Los beneficios eran compartidos por el difunto y el heredero. Se creía que el espíritu del difunto se beneficiaba de esa sangre derramada; y tras quedar satisfecho, los vivos se aseguraban que éste no se les aparecería, pues los espíritus insatisfechos solían atormentar a sus parientes, demandándoles cumplir con los ritos fúnebres debidos. Todos estos aspectos de ganarse el favor de los espíritus de los muertos y, de mostrar los vivos su capacidad ante la comunidad, adquirirán especial trascendencia en tiempos de crisis.

Las primeras referencias sobre una celebración de este ritual aparecen durante las guerras púnicas contra Cartago. En esa época, los espectáculos de gladiadores comenzaron a hacerse más frecuentes, quizá propiciados por la atmósfera de guerra del momento, llegando a conformarse rápidamente como un deporte típicamente romano. De este modo, desde la segunda guerra púnica hasta el siglo II a.C., crecieron mucho en tamaño y complejidad; un mayor número de funerales incluían combates y, en cada ocasión, se enfrentaban más parejas de gladiadores. Sin embargo, en todo este tiempo continuaron celebrándose en el contexto de funerales privados. Conforme la contienda entre guerreros se fue distanciando cada vez más en días con respecto al funeral, también terminó por olvidar su intención funeraria original. A sus protagonistas se les daba muy poca importancia. De modo que la primera referencia al nombre de un gladiador la encontramos en un *munus* celebrado entre los años 125-100 a.C.

Poco a poco, el combate de gladiadores comenzó a convertirse en un espectáculo puramente público. Así, en el 105 a.C., el estado romano dio, por vez primera, juegos de gladiadores con carácter oficial. Los cónsules del año, Rutilio Rufo y Malio Máximo, ofrecieron un evento de lucha sin razón alguna, sin pretexto de festividad religiosa, inaugurando con él, una serie de espectáculos públicos en el futuro. La intención del estado era «fomentar el coraje viril, promover el desprecio por la vida, desarrollar el gusto por el entrenamiento militar y contrarrestar las costumbres licenciosas griegas, que empezaban a propagarse y que eran calificadas por los mayores de frívolas y funestas».

Debido a este nuevo estatus asumido, se vio la necesidad de regular el combate gladiatorio en modo mayor, por lo que el estado romano dictó leyes al respecto. De tal manera, a partir de 105 a.C. comenzaron a regir las *leges gladiatoriae*, según las cuales la superintendencia de todos los juegos se asignaba a diferentes representantes del Estado, dependiendo del lugar de su celebración. Esto evidencia el interés del estado por controlar una actividad muy importante en el ámbito político y económico (la gladiatura era ya una actividad tan popular que los impuestos que la gravaban daban al estado grandes beneficios). A finales de la República, este espectáculo se había convertido ya en un gran entretenimiento público, y a su vez, en un eficaz instrumento político para ganarse los favores del pueblo. Sus organizadores no dudaron en realizar esfuerzos de todo tipo para dotarlos de mayor aparatosidad. De tal modo, los romanos se habituaron cómodamente a ver los combates de gladiadores, los cuales se transformaron en la rutina que más anhelaban en su tiempo libre.

Gladiadores y representantes

Pero, ¿quiénes eran? ¿De dónde procedían aquellos hombres que se lanzaban a la arena para divertir al público? Ante todo, no sólo se trataba de prisioneros de guerra o esclavos como la mayoría cree, sino que también se contaban entre ellos hombres libres que se habían visto obligados a abrazar el peligroso oficio de gladiador por diversos motivos. De todas formas, el grueso de las filas de este ejército-espectáculo fue llenado, en una primera época, principalmente con hombres que habían caído prisioneros en las incontables batallas de Roma contra el mundo. Sin embargo, cualquier de ellos tenía la gran oportunidad de convertirse en profesionales consolidados. Recibían premios y existían contratos que estipulaban el dinero que recibían por cada combate. Eran luchadores con armas especializadas y se entrenaban para realizar mejor esa destreza. Los mejores estaban más cotizados que el resto.

Esclavos

La guerra fue la cantera principal de gladiadores durante la república. Los prisioneros capturados después de las batallas aprovisionaban en gran número al *ludus* o escuela de gladiadores. Su experiencia militar era el

motivo principal para su adquisición. Allí eran captados por «ojeadores» al servicio del *lanista*. Luego procedían a comprar la mercancía humana al propio ejército en campaña por un precio menor al del mercado. Más adelante, el emperador también tendría a su servicio a varios de estos «cazatalentos», quienes solían llevarse primero a los esclavos más indicados para la lucha. Éstos iban a formar parte de los *ludi* imperiales. Durante la época imperial, los esclavos dejaron de ser la principal adquisición para adornar las luchas de gladiadores.

Criminales

Luego de ser juzgado, un criminal tenía la remota posibilidad de quedar en libertad y conservar su vida tras 5 años de servicio gladiatorio. Esta sentencia excepcional se denominaba *damnatio ad ludum*.

Voluntarios

Los *auctorati* o voluntarios eran hombres que aceptaban el riesgoso oficio de gladiador por propia voluntad. Su caso fue el más singular de toda Roma. Se supone que debido a la gran fascinación que el romano común sentía por los combates de gladiadores, llevaron a muchos hombres a tomar la decisión crucial de dejar su rutina habitual a un lado, quizá atraídos por el deseo de fama, de la necesidad de probarse a sí mismos con las armas, o a raíz de una apremiante necesidad económica.

El primer combate conocido entre luchadores de esta clase, nos lo revela el historiador Tito Livio, quien hace referencia a los juegos celebrados por Escipión en Cartago Nova, año 206 a.C. Aparentemente, aquí lucharon «hombres libres y distinguidos» que combatieron de manera «voluntaria y sin compensación». Más adelante, comienzan a aparecer otras menciones reiteradas sobre la condición de estos gladiadores voluntarios. Según Cicerón, en el siglo I a.C., el combate entre *auctorati* era la costumbre de su tiempo. Incluso hubo personajes de clase alta, caballeros o hijos de senadores que aspiraban a convertirse en gladiadores sin importar que fueran degradados socialmente.

Es evidente que su volumen ya había alcanzado más de la mitad de la proporción total de gladiadores hacia el final de la república. Se desarrolló, pues, un activo programa de reclutamiento entre hombres libres y aventureros dispuestos a todo. Algunos de ellos provenían del ejército: soldados, legionarios y pretorianos. La afición a los combates en el anfiteatro era tan grande que, incluso, muchos aristócratas como senadores y caballeros se ejercitaron y combatieron como gladiadores por diversos motivos. Muy pronto se dictaron leyes para evitarlo.

Los había *auctorati* que se entregaban a la orden de un *lanista*, y otros que actuaban de manera autónoma y eran contratados directamente por un *editor* para eventos especiales. En el primer caso, el hombre voluntario

debía prestar juramento ante un tribuno de la plebe, en el cual renunciaba a sus derechos civiles para ser considerado un *infamis*. En conclusión, aceptaba ser «quemado, encadenado, azotado o ser muerto» si su comportamiento llegase a contrariar a las reglas del *ludus*.

El lanista

Ahora bien, ¿quién era el encargado de manipular la vida de esas personas? Se trataba del *lanista*, un auténtico mercader de carne humana. Vivía en estrecho contacto con piratas y traficantes. Generalmente el *lanista* era un ex-gladiador, ya veterano, que durante algún tiempo había enseñado a los jóvenes aspirantes a gladiadores. Una vez concluida su actividad, había recibido la espada de madera (*rudis*), símbolo de su libertad. El *lanista* también era un empresario que comerciaba con gladiadores, obteniendo un gran provecho, incluso aunque el gladiador muriese durante el combate. Era, a su vez, el propietario de la escuela de entrenamiento.

La infamia

El gladiador tenía una consideración similar a las personas apartadas de la sociedad: prostitutas, actores y artistas, hechiceros y magos, mendigos y otras personas manchadas por una sociedad de clases que no podía permitir que determinados personajes gozasen de las mismas consideraciones que miembros honestos de la ciudad. El hecho de someter el cuerpo y la voluntad para estimular el placer de otras personas, era considerado por los romanos como una *infamia*, algo despreciable. Por lo tanto, estos individuos eran vetados de ciertos derechos civiles, como la oportunidad de ser elegidos para cargos públicos, votar, o presentar testimonio ante un jurado. Hubo varios decretos que dejaban en claro la prohibición a las personas de la nobleza romana de ganar dinero por su participación en la arena, tratando así de no incentivar esta práctica.

En el caso de los gladiadores, muchas veces este estigma social de la infamia se llevaba sobre la piel. A los esclavos, prisioneros de guerra y condenados, se les aplicaba una marca a fuego para que fueran reconocidos en caso de fuga y, por consiguiente, devueltos a su dueño. Por otra parte, los gladiadores *auctorati* sólo recibían un tatuaje en las manos o en las piernas, al igual que los legionarios del ejército. Es probable que los voluntarios que trabajaban por su cuenta sin la intervención de un *lanista*, fueran los únicos sin ser marcados en ninguna circunstancia.

Había, sin embargo, numerosos casos en los que un gladiador era capaz de eludir el epíteto de *infamis*. Por ejemplo, para honrar a un líder o vengar a un amigo muerto en la arena. En el caso de las obligaciones familiares, el dinero ganado se destinaba para costear el funeral de un pariente cercano; o, en otros casos conocidos, sacar a un amigo de la

pobreza. En estas ocasiones particulares, la *infamia* no era aplicable.

De todas formas, debemos aclarar que, en las ciudades de la provincia, esa visión deshonrosa de un gladiador no estaba tan afectada por los prejuicios de la capital. La infamia era una parte intrínseca de la estricta moral de Roma. En esta ciudad llevó un largo tiempo superar esa constante hipocresía entre la adoración de un gladiador en la arena, y el posterior rechazo como ciudadano. Durante el imperio, se permitió que los hijos de gladiadores pudieran acceder a los círculos altos de la sociedad; y en algunos casos particulares, el mismo combatiente podía dejar atrás su vida de *infamia* una vez finalizada su carrera. Durante la época de Cómodo, se crearon colegios de gladiadores, a los cuales asistían hombres dispuestos a colegiarse dentro del oficio.

La vida en el ludus:

Entrenamiento

En estas escuelas se formaban y entrenaban los gladiadores, tanto los nuevos (*novicii*) como los ya consagrados (*veterani*). Durante el Imperio, habría más de 150 escuelas repartidas por Roma y las provincias; es el caso de las más importantes en Alejandría, Pérgamo, Carnuntum, Capua, etc. Cada una representaba un polo de actividad económica floreciente para la ciudad en que se encontraba. Cuando un aspirante llegaba a un *ludus* se le llamaba *tiro*. Independientemente de que fuese esclavo, *damnatus ad ludum* o voluntario, todos debían pasar un mismo proceso de selección inicial para probar las condiciones del recién llegado. Luego vendría la disciplina y la educación. Se trataba de probar las condiciones del novato. Solo vestía el *subligaculum* y se le asignaba un *doctor* para que le hiciese una primera evaluación. Luego, se le daba una espada de madera para ver cómo reaccionaba a las acometidas de alguno de los *magistri*. Se estudiaban sus movimientos, velocidad de reacción, agresividad, si tenía técnica en el uso de las armas, su fuerza en el cuerpo a cuerpo, etc. A los que no tenían las condiciones adecuadas se les enviaba a formar parte de los *gregarii* (gladiadores de nivel normal) para luchar en grupo que, normalmente, eran los primeros en caer. Por el contrario, si el *tiro* mostraba cualidades, se le destinaba al grupo gladiatorio que mejor se adecuaba; es decir, si era fuerte, a las armas pesadas y, si era menos fuerte pero ágil, a las armas ligeras.

Una vez determinado en qué grupo rendía mejor, el *tiro* quedaba adscrito a la unidad que se le asignara y desde entonces comenzaba a entrenar con ellos. Y así, el aspirante a gladiador era sometido en el *ludus* a un proceso exhaustivo de entrenamiento físico, no exento de educación cívica y psíquica, sometido a la disciplina del *doctor*, que era quien dirigía ese grupo. Había un *doctor* especialista en cada tipo gladiatorio. Los *doctores* eran gladiadores ya retirados que habían destacado en el arma que ahora enseñaban. Además, debido a su edad o estado físico, estaban auxiliados

por los *magistri*, gladiadores recientemente retirados o incluso en activo, pero que aún no podían aspirar a doctores. Los *magistri* eran los encargados de enseñar las «prácticas» y «técnicas» gladiatorias. A continuación, realizaban el juramento (*auctoramentum*) y finalmente se los preparaba para el combate.

El entrenamiento de un gladiador estaba basado en los conocimientos de los entrenadores griegos, quienes, desde el siglo VIII a. C. habían estado preparando a sus deportistas para los Juegos Olímpicos y el resto de competiciones griegas. Por tanto, los planes de entrenamiento físico de los gladiadores eran muy parecidos a los de los deportes de combate griegos (lucha, pugilato y pancracio), deportes, cuyas características eran muy parecidas al combate gladiatorio; se necesitaban movimientos rápidos y potentes, además de fuerza y resistencia para aguantar todo el combate. Para los ejercicios de fuerza se utilizaba el levantamiento de pesas. Las había de dos tipos: *halterae* de mucho peso, con las cuales se hacían ejercicios de peso muerto; y *halterae* de poco peso, generalmente hechas de metal y moldeadas como las mancuernas modernas, entre 2 y 20 kilos, utilizadas para ejercicios de brazos. La fuerza específica necesaria para el combate gladiatorio la desarrollaban combatiendo con armas lastradas. Por ejemplo, la *rudis*, espada de madera, y el resto de armas que usaban en el entrenamiento contra el *palus*, pesaban más que las armas que usaban en el combate de verdad. El resultado que se conseguía alternando armas lastradas con armas de peso real era la rapidez en el manejo de las mismas. Contra este *palus* podían practicar todos los golpes de espada a fuerza completa, así como las acometidas y cargas con el escudo. Se trataba de un entrenamiento esencial, pues daba más habilidades. Las enseñanzas se daban en sesiones de mañana y tarde. Terminadas las clases, el gladiador podía disfrutar de su estancia en el *ludus*.

Vivienda

A pesar de los peligros que tenían que afrontar en cada combate, los gladiadores solían vivir mejor que muchos otros individuos de la sociedad. Gracias al *ludus* de Pompeya, uno de los mejor conservados, y sumado a algunos textos clásicos, podemos conocer cómo eran las escuelas de gladiadores. En el interior, cada uno de ellos se alojaba según su estatus (esclavos, condenados, voluntarios, homosexuales) y el *palus* al que pertenecían (*primus, secundus, tertius, quartus palus*). El trato que recibían dependía mucho de su origen: los condenados estaban sujetos a una vigilancia más estricta, pues, si escapaban, el estado podía pedir responsabilidades al *lanista*; los esclavos gozaban de más libertad; y los gladiadores voluntarios gozaban casi de total libertad. Los *auctorati* o voluntarios recibirían un mejor trato en comparación con sus otros compañeros. Incluso puede que algunos de ellos fueran al *ludus* solamente para entrenar. Probablemente ellos vivían junto a sus esposas e hijos. Estos voluntarios podían tener esclavos a su servicio en la propia

escuela si así lo deseaban.

A pesar de la dura disciplina imperante dentro del *ludus*, existía el caso de algunos gladiadores (esclavos o libres) que decidían vivir en estos lugares con sus propias familias; y podemos atestiguarlo a raíz de diversas fuentes epigráficas y por algunos yacimientos. Por ejemplo, en la parte oriental del Imperio, en el sitio arqueológico de Éfeso, junto a los gladiadores enterrados han aparecido también mujeres y niños, seguramente relacionados con aquéllos. A veces, las esposas e hijos de un gladiador asistían a su entrenamiento, lo acompañaban de un anfiteatro al otro para presenciar sus combates, y solían estar presentes en la *cena libera*, momento clave de reunión previo a un espectáculo. Aquí se comía y bebía copiosamente; además, era una gran oportunidad para despedirse de sus seres queridos antes del gran combate al día siguiente.

Se sabe que los gladiadores mantenían relaciones estables con mujeres a las que habían desposado estando dentro de la escuela. En las inscripciones aparecen los términos *coniux* o *uxor*, los cuales se utilizaban para referirse a un matrimonio legal. Muchos de ellos hacían uso de estos términos a pesar de que no podían contraer una unión reconocida por el derecho romano, al tratarse de un hombre con origen servil. Sin embargo, es probable que muchos voluntarios con ciudadanía romana de pleno derecho, hubiesen contraído una unión legítima.

Por lo demás, las mujeres que mantenían relaciones estables con estos luchadores eran mayoritariamente de tipo liberto o esclavas. En las fuentes jurídicas se puede observar también la prohibición que tenían las *féminas* de las familias senatoriales de unirse con gladiadores. A pesar de ello, contamos con testimonios de mujeres de la élite que se enamoraron y mantuvieron relaciones con estos hombres. Seguramente, sus vidas familiares tuvieron que hacer frente a la dura disciplina a la que, en ocasiones, eran sometidos los gladiadores dentro del *ludus*. No obstante, dicha disciplina dependía de cada escuela de gladiadores y del origen social de los mismos.

Cuidado de la salud

La educación que se ofrecía en la escuela de entrenamiento afectaba también a la salud y a la dieta de los gladiadores. En cada una de ellas había, por lo menos, un médico. Éstos eran verdaderos profesionales de su tiempo, como en el caso de Galeno, quien sirvió como sanitario en el anfiteatro de Pérgamo. Muchas fuentes hablan de los cuidados que los médicos dispensaban a los gladiadores, que seguramente debían ser exquisitos a juzgar por las muestras óseas que se han analizado, y posteriormente revelado, ya que las heridas sanaban perfectamente. No obstante, las informaciones más precisas las encontramos en los

esqueletos de los gladiadores del cementerio de Éfeso.

El gladiador debía presentar una figura agradable, de buen cuidado estético ante el público; un aspecto que estuviera de acuerdo a la moda del momento. Según las imágenes pintadas en algunos frescos, podemos distinguir que el peinado y el afeitado de un gladiador eran representados con gran esmero y, muchas veces, coincidía con el estilo que vemos en los bustos de algunos emperadores. En cada escuela trabajaban *unctores* o masajistas. Tras los períodos de combate o entrenamiento, el gladiador era sometido a una sesión de masajes con aceites, que después se eliminaban de la piel por medio de un hierro en forma de hoz, llamado *estrigilio*. De esta forma, se procuraba preservar el buen estado físico de un gladiador para que tuviera las aptitudes necesarias de sobrevivir a más combates cada vez.

La dieta

La dieta se consideraba un elemento esencial para preservar la salud y lograr el máximo rendimiento deportivo, por lo que una de las tareas principales del médico era confeccionar un plan nutritivo que permitiera al gladiador rendir al máximo de sus posibilidades. Debido a las necesidades de fuerza que imponía el combate gladiatorio, la dieta de los gladiadores estaba encaminada a aumentar lo más posible su masa muscular. Para aumentar su volumen, comían grandes cantidades de cebada, hasta el punto de que se les llamaba «comedores de cebada» (*qui hordearii vocabantur*). Esta cebada podía ir aderezada con legumbres, del tipo habas o alubias, y con proteínas como huevos o pescado salado. En algunos casos, y esto dependía de los recursos del *lanista*, se podía mejorar la dieta incorporando carne, por ejemplo de los animales sacrificados en las *venationes*. La carne era siempre recomendada por los médicos porque era considerada ideal para fortalecer los músculos, pero no siempre la incorporaban porque era un alimento carísimo.

La dieta se suplementaba con complementos nutricionales: infusiones de cenizas de plantas, muy ricas en calcio, que les ayudaba a tener huesos fuertes y a recuperarlos fácilmente en el caso de fracturas; así, los huesos recuperados en Éfeso muestran unos niveles de calcio más altos que los de la población normal. Una dieta efectiva que combinaba sabiamente hidratos de carbono y proteínas. Los primeros daban la energía necesaria para realizar grandes esfuerzos; mientras que las proteínas eran el material de construcción apropiado para crear el físico que necesitaba un gladiador para triunfar.

Tipos de gladiadores

Sólo existían tipos de gladiadores designados y armados al igual que los pueblos extranjeros sometidos por Roma. La idea de incluir un luchador emparentado con el típico soldado romano se trataba de algo

inconcebible, puesto que la profesión de gladiador era considerada una *infamia*. Este espectáculo tan fastuoso como sangriento, llevaba el propósito implícito de recordar al pueblo romano sus antiguas gestas, cuando su nación se había impuesto sobre las demás con gran valentía y fiereza. De tal manera, los tipos de gladiadores principales fueron creados a partir del prototipo samnita, galo, tracio, bretón, etc.

Uno de los rasgos que evidencia más claramente la complejidad organizativa que alcanzó el deporte gladiatorio, incluye a los varios tipos de gladiadores que surgieron con el paso de los años. Además del origen étnico, los romanos se inspiraron en armas que les parecían espectaculares, llegando a crear la figura de nuevos combatientes, específicamente ideados para hacer frente a un rival determinado. Es necesario aclarar que estos tipos de gladiadores se dividían en dos grupos con respecto al armamento que portaban: armamento pesado (llamados *scutarii*), y armamento ligero (*parmularii*). A continuación, una descripción de las principales clases que integraban estos fenomenales luchadores.



En otras ocasiones excepcionales, se enfrentaba al *hoplomachus*. Cuando luchaba con este tipo de gladiador, el *thraex* colocaba el escudo horizontalmente y a la altura de la cara. Si el lanzazo de su oponente iba al cuerpo, bajaba el escudo con fuerza para intentar partir la lanza. Si el lanzazo apuntaba al cuello, le resultaba más fácil desviar el golpe hacia arriba con el escudo. En ese momento, el *thraex* aprovechaba para intentar cortar el abdomen o las piernas del enemigo con su espada curvada.

Hoplomachus: El *hoplomachus* era un tipo de gladiador heredero del gladiador samnita, basado en los guerreros de este pueblo. Y como su nombre lo indica, se caracterizaba por luchar con el típico escudo griego *oplon*. Y al igual que los hoplitas, iba armado con una lanza (*asta*), una espada corta y recta de doble filo, anudada al cinturón, llamada *xiphias*; o bien una larga daga. El brazo armado estaba cubierto con una *manica* acolchada, en tela de lana y sujeta por tiras de cuero. Tenía las piernas

protegidas por ócreas de bronce al estilo griego de las *cnémidas*, altas, las cuales sobrepasaban las rodillas. Por debajo de ellas, tenía *fascias* (fajas o vendas) que comúnmente envolvían la pierna para evitar el roce de las correas y ofrecer protección antes los golpes. En el caso de estas grebas grandes, las fajas podían llegar hasta la cintura. También vestía el *subligaculum*.

Su yelmo con visera de dos alas tenía ocularias de rejillas, y era muy similar al del tracio, aunque la diferencia entre ambos radicaba en la ausencia del grifo. Estaba coronado con una cresta majestuosa. El *hoplomachus* representaba a los hoplitas griegos, o quizá a los guerreros ilirios y cartagineses. Generalmente se lo enfrentaba al murmillo para representar la victoria romana ante los pueblos anteriormente mencionados. También era enfrentado contra el *thraex*, aunque con menos regularidad. Su estilo de combate se basaba en mantener alejado al enemigo con su asta, infligiendo heridas en sus brazos y piernas para debilitarlo y evitar que contraataque. Cuando el rival lograba esquivar su lanza y se acercaba lo suficiente para un combate cuerpo a cuerpo, el *hoplomachus* soltaba su lanza y usaba su arma secundaria.



Hoplomachus.

Murmillus: uno de los gladiadores más famosos era el murmitón o murmillo, nombre que deriva del griego *mormyros*, «pez». Como parte de su panoplia, usaba un yelmo de bronce con dos alas a los costados para proteger la nuca y el cuello, y una máscara rejillada. Estaba ornamentado con un crestón, que podía llevar un penacho de plumas o pelo de caballo, y su elemento más característico: la imagen de un pez. Para defenderse utilizaba el *scutum* rectangular y la *gladius* de los legionarios. Llevaba *manica* en el brazo que sostenía la espada. Sobre la pierna protegida por el escudo, tenía una greba que llegaba hasta la rodilla. El *subligaculum*

estaba anudado por el cinturón ancho *balteus*.

El murmillo era un tipo de gladiador heredero del *gallus*, un arquetipo de gladiador basado en los guerreros galos y del que se tiene muy poca documentación. Cuando los galos se convirtieron en ciudadanos de Roma bajo el régimen de Augusto, se consideró ofensivo que miembros del imperio fueran gladiadores, de modo que el *gallus* se transformó en el murmillo. Debido a que los murmillones eran la representación más cercana al legionario romano entre los gladiadores, se los enfrentaba regularmente al estilo tracio y el griego hoplomachus; aunque en ciertas ocasiones también luchaba contra el retiario. Su estilo de combate era un simple intercambio de golpes, aprovechando el tamaño superior de su escudo ante el de los enemigos. También eran entrenados en el uso de patadas para derribar a sus rivales. Una particularidad del murmillo lo hacía especialmente letal. Utilizaba el escudo a modo de guillotina golpeando su borde inferior contra el oponente, casi alzándolo en posición horizontal, por lo que el impacto debería ser importante.

Retiarius: puede que éste sea el tipo de gladiador más extravagante de la antigüedad. Combatiente muy ligero, con pocas protecciones, pero de una gran movilidad. Su cabeza iba descubierta; tampoco llevaba grebas en las tibias. Carecía de un escudo, pero estaba armado con un largo tridente y una red. Su antebrazo izquierdo iba recubierto por una *manica* acolchada, siguiendo una protección metálica hasta el hombro con un resalte semicircular (*galerus*). Esto le propiciaba buena protección para la zona del cuello. En otras ocasiones, podría tratarse de una *manica* completamente metálica a lo largo de todo el brazo. El típico calzón rectangular estaba atado por el *balteus*, donde en ocasiones guardaba una daga (*pugio*) como arma secundaria. El retiario era considerado un gladiador ligero, el único desprovisto de casco o yelmo, pues era de vital necesidad que tuviera un campo de visión completo.

Portaba un tridente de 1'60 m de largo, con mango de madera y tres puntas afiladas de hierro. En su mano izquierda agitaba una red de unos 3 metros de longitud, lastrada con unas bolas de plomo en los extremos para facilitar su lanzamiento. Esta *rete*, a su vez, estaba sujeta a la muñeca del luchador por medio de un cordel que era cortado con una daga tras deshacerse de ella. La red no solo servía para apresar al rival: también podía enredarle los pies para que se cayera, usarla como látigo para atrapar su arma, etc.

Essedarius: combatía sobre un carro de origen britón, el *essedum*, al estilo de los guerreros britones. A raíz de una representación gráfica en la copa de vidrio de Tier, junto con los relatos de Julio César sobre sus campañas en Britannia (55-54 a.C.), podemos realizar una breve descripción de su armamento y su modo de lucha. Iba acompañado por un auriga, quién era el encargado de manejar las riendas de los caballos. El *essedarius* propiamente dicho estaba armado con una lanza y un *scutum*

y, muy probablemente, una *spatha* como arma secundaria. El propósito del combate era arrojar jabalinas al auriga contrario para que su carro perdiera el control y terminara tumbándose. Se supone que los enfrentamientos entre carros, o incluso un carro britón contra un eques, serían la elección adecuada para equiparar el espectáculo. Muy pronto, este tipo gladiatorio se expandió desde Roma a los anfiteatros de todas las provincias, alcanzando gran popularidad a lo ancho de todo el imperio.

Venator: luchaban contra animales salvajes, y su categoría era considerada inferior a la de un gladiador. Generalmente actuaban desprovistos de casco, pero cubrían su pecho y espalda por una coraza. Sus vestimentas consistían en túnicas ricamente adornadas y de varios colores. Su brazo izquierdo estaba protegido por una manica, y calzaban grebas cortas en ambas piernas. Entre las numerosas representaciones de venatores en relieves y mosaicos de todo el mundo romano, podemos apreciar que portaban escudos rectangulares como el *scutum*, e iban armados principalmente con lanzas (*fusta*). Eran peleas muy desordenadas y confusas, ya que varios *venatores* luchaban simultáneamente contra los animales salvajes. Estaban asistidos por los *bestiarii*, ayudantes provistos de palos o látigos para incitar a las bestias, con el fin de azuzar su ira.

Cómo se organizaba el primer espectáculo de masas

El *munus legitimum* se transformó, luego de la reforma del emperador Augusto, en la forma legítima de ofrecer un espectáculo de anfiteatro. Allí, todo se hacía posible: desde la pacífica exhibición de animales exóticos, hasta una lucha a muerte entre hombres y fieras, pasando por simulacros de combates navales y la ejecución de convictos como si se tratara de una representación teatral. No obstante, el plato fuerte lo constituían los torneos de gladiadores. Los juegos se dividían en tres partes.

Venatio (o cacería de animales):

Durante los ludi se ofrecían también cacerías o luchas con fieras, las *venationes*, evento que más divertía a la plebe. Había varias modalidades de *venatio*: exhibición de fieras exóticas, combates de diferentes especies de animales entre sí, cacería de animales salvajes y luchas de hombres contra fieras.

La *venatio*, en primer lugar, pretendía imitar a las cacerías normales que tenían lugar en el campo. Se iniciaban temprano por la mañana y duraban varias horas hasta el mediodía. Durante la República fue un acto asociado solamente a los triunfos o *ludi* circenses; sin embargo, de manera gradual comenzó a tomar preponderancia dentro del espectáculo gladiatorio, quedando vinculado definitivamente al *munus legitimum* con la reforma de

Augusto.

Las primeras venationes mantenían la estructura de una caza normal en el campo: primero se soltaban a los animales para exhibición ante el público (ciervos, jabalíes, toros, etc.), y luego aparecía el grupo de cazadores al son de los cuernos y trompas, algunos de ellos a pie acompañados por perros, y otros a caballo. Con el tiempo, este tipo de espectáculo se transformó en una cacería más audaz para el deleite del público, incorporando animales exóticos como leones, tigres y rinocerontes. Surgieron diversas combinaciones que incluían la lucha entre animales, o el enfrentamiento personal entre el venator y la fiera, e incluso un desorbitado combate de todos contra todos.

Ludi meridiani (o juegos del mediodía)

Era habitual animar el intermedio del mediodía con un show de malabaristas, acróbatas y otros entretenimientos similares. De todas formas, muy pronto el Estado romano decidió reemplazarlo con ejecuciones a los condenados por crímenes graves. Así surgió el *ad bestias* y *ad gladium*. Esta tradición seguía el ejemplo de los cartagineses, quienes también enviaban a los delincuentes a morir por medio de animales salvajes.

En la primera de ellas, al condenado solía llamársele *bestiarum*. Antes de cumplir su condena era enviado a la *ludi* de *venatores* para entrenarse en la lucha contra fieras. Finalmente, salía a la arena armado con una lanza o espada para defenderse. En el caso del *noxius*, quien ciertamente había cometido delitos más graves aún, tenía las manos atadas a la espalda.

Munus

El plato fuerte del día era la lucha de gladiadores, y siempre se celebraba por la tarde, cuando había más afluencia de público.

A veces comenzaba con una lucha grupal llamada *gregatim*, en la que combatían los gladiadores de nivel más bajo, los *gregarii*. Usualmente se empleaban técnicas de batalla en grupo hasta que cada luchador se trababa en combate individual con un contrario. El editor podía dar por terminada la lucha una vez que un bando alcanzaba superioridad sobre el otro. Esto no descarta que hubiera varios muertos por ambos lados. El combate de uno contra uno se denominaba *monomachia*, y aquí luchaban los gladiadores con mejores aptitudes junto a las estrellas del momento.

La hora del combate

No resultaba muy frecuente que en la arena se enfrentaran gladiadores con el mismo armamento, pues el interés de los combates no radicaba en el mero contraste entre dos hombres, sino en el de dos técnicas de lucha

totalmente opuestas. Por ese motivo, era habitual que un gladiador pesado se opusiera a uno ligero. Además, su nivel de destreza debía ser similar. Esto se determinaba a partir del número de combates disputados por cada uno.

Como en todo espectáculo de masas, ganarse a los espectadores es fundamental; y la gladiatura no estaba exenta de ello, pues la vida del gladiador dependía de la opinión del público más que en cualquier otro deporte. Por tal motivo, a un gladiador no le bastaba el ánimo, el arrojo o la fuerza para llegar a triunfar, sino que debía, sobre todo, ganarse al público. Así, junto al adecuado manejo de las armas, también les enseñaban a actuar y transmitir su arte de lucha de tal modo que pudiera causar emoción en el público. El exigente público romano, cuando asistía a una función en el anfiteatro, no se contentaba tan sólo con presenciar bravas luchas, sino que exigía, además, que las muertes fueran dignas.

La celebración de los torneos se daba a conocer mediante anuncios que los organizadores hacían fijar en los muros de las casas y edificios públicos, así como en las paredes de los sepulcros que se seguían a las puertas de la ciudad. El espectáculo, amenizado por una brillante banda de música, comenzaba con un desfile solemne en el que los luchadores, ataviados con sus brillantes arreos y armaduras, daban una vuelta a la palestra. Este equipamiento estaba específicamente diseñado para la ceremonia de apertura, pues era más pesado e incómodo que el predispuesto para la lucha. Finalmente, en la orquesta se dejaba oír el sombrío toque de los tubicines: era la señal fatídica para que se iniciara el combate. Entre el estrépito de las trompetas y los cuernos, a los que se les unían los sonidos estridentes de pitos y flautas, los púgiles entrechocaban espadas y tridentes. Pero analicemos en mayor detalle cuáles eran las distintas fases del combate de gladiadores.

***Prolusio* o previa**

Antes del combate real se realizaba un calentamiento previo llamado *prolusio*, durante el cual, los gladiadores hacían simulacros de lucha entre sí utilizando armas romas.

Probatio armorum

Una vez finalizada la sesión de calentamiento, el editor comprobaba rápidamente, ante la mirada del público, que las armas que él mismo había proporcionado estaban bien afiladas.

El combate

La pareja de gladiadores ingresaba a través de la *Porta Triumphalis*, acompañados del árbitro y sus asistentes. Todos se detenían delante del palco principal para saludar con una inclinación de cabeza al *editor*. La

famosa frase «Ave, imperator, los que van a morir te saludan» es un invento del imaginario moderno. Entre los ayudantes técnicos se encontraban los *lorarii*, encargados de incitar el ímpetu de un luchador mediante una vara o un hierro candente, si aquél demostraba pasividad en su actitud.

En cuanto a la técnica de lucha, cabe suponer que el gladiador pesado tenía la urgencia de acabar rápidamente con el rival, puesto que el peso de su equipo rondaba los 20 Kg y era más probable que fuera abatido por el cansancio con más rapidez. De modo que el murmillo, el oplomachus o el secutor, se lanzaban al ataque de manera total desde el comienzo del combate, plenamente confiados en su armadura defensiva. Por otro lado, el gladiador ligero debía prolongar la lucha por el mayor espacio de tiempo posible para agotar a su contrincante.

El combate se regía por una serie de reglas que desconocemos casi por completo; pero tenemos conocimiento que si un gladiador resbalaba se paraba el juego, si se producía rotura en alguna de las armas o el combate se alargaba demasiado también se paraba para recuperar el arma o el aliento. Los espectadores no iban a presenciar una matanza, sino que esperaban ver destreza acrobática en el manejo de las armas, valentía y virtud, lo cual pasaba precisamente por el respeto a las reglas y al «juego limpio». El luchador no debía infligir un golpe mortal durante la pelea, sólo buscar herir lo suficiente a su rival para lograr su rendición.

La sentencia

Al momento de la rendición, el combate era detenido inmediatamente por el árbitro. La *missio* se indicaba generalmente levantando el dedo índice izquierdo. El gladiador que había perdido trataba por todos los medios de mantenerse en pie o arrodillado, lo cual era interpretado como un hombre que había soportado la lucha con dignidad. Esta actitud podía influir enormemente para salvarle la vida durante el veredicto final. Y mientras el vencido esperaba con la mayor entereza posible el desenlace de la pelea, el vencedor tomaba una postura victoriosa, pisando el escudo de su rival y sosteniendo la espada en alto, listo para asestar el golpe mortal en caso de ser decidido así por el público y el editor. Contrario a lo que se cree comúnmente, la decisión de vida o muerte no incluía la típica señal del pulgar arriba o hacia abajo. Para expresar clemencia hacia el derrotado, la gente agitaba un pañuelo blanco; por el contrario, si la mayoría estaba a favor de su muerte, el pulgar era llevado al cuello en un gesto de degüello, gritando la palabra *iugula* («degollar»).

Cabe la pena aclarar que, durante las batallas libradas en el Coliseo de Roma, las cuales estaban precedidas por el emperador, el veredicto estaba a cargo de las Vestales. Este grupo de mujeres vírgenes entre 20 y 30 años de edad, presenciaba el espectáculo en uno de los palcos principales. Y debido a su honorabilidad, ni siquiera el emperador era capaz de contradecir su decisión.



Fragmento de *Pollice Verso*, por Jean-Léon Gérôme (1872). El gladiador levanta su mirada hacia el sitio de las Vestales para mirar su veredicto.

No todos los gladiadores debían morir. Durante la república y la primera parte del imperio fue significativa la cantidad de *missio* otorgada por los editores, en especial a aquellos personajes que gozaban de popularidad. Esta característica se debió, en parte, al alto costo de indemnización que suponía pagar al *lanista* por la muerte de un gladiador. Se ha hecho un cálculo que arroja como resultado la cantidad de muertes en los combates de gladiadores: sólo 1 de cada 5 luchadores moría en la arena durante esa época. Sin embargo, a partir del siglo II aumentó la probabilidad de emitir una sentencia negativa al perdedor del combate: moría la mitad de todos los perdedores. Estos cálculos fueron hechos a partir de los epitafios hallados en tumbas de gladiadores, entre los victoriosos y los derrotados.

De todas formas, esta decisión era relativa: cuanta más popularidad tuviera un hombre en la arena, más posibilidades tenía, asimismo, de vivir tras perder un combate. Durante el mandato de Domiciano, la estructura de la sentencia reveló un cambio sorpresivo: se hizo costumbre dejar la decisión de la *missio* al vencedor. Aparentemente, teniendo en cuenta el aumento de la tasa de mortalidad durante los siglos I y II, los vencedores debieron dar muerte a sus rivales en varias ocasiones por temor a que éstos no le perdonaran la vida en un combate posterior. Este hábito, sin embargo, no debió alcanzar una gran difusión, pues dejaba al editor inmerso en un gran problema económico si se sacrificaban muchas vidas en un mismo espectáculo. Probablemente se llevase a cabo en los juegos imperiales, cuando las arcas del Estado podían solventar tranquilamente el

dilema económico.

El vencedor del combate era agasajado con premios que incluían un manto de color púrpura, la palma de la victoria y una corona de laurel. Enseguida comenzaba una ronda alrededor de la arena para ser visto de cerca por el público de las gradas, que además de vitorear al gladiador, le arrojaba monedas como premio adicional. Por otra parte, la suerte del vencido era muy distinta. Si lograba sobrevivir a la lucha, abandonaba la arena por sus propios medios o en camilla; y si había resultado muerto, se montaba un breve espectáculo que hacía las delicias de los espectadores.

A través de la *Porta Libitinensis* ingresaban dos personajes mitológicos: Mercurio y Caronte. Se trataba de dos operarios disfrazados, desde luego, que cumplían la función de teatralizar el viaje del difunto hacia el averno. El primero de ellos aplicaba un hierro al rojo vivo sobre la piel del vencido para constatar que estuviese muerto de veras. En el caso de Caronte, el barquero del inframundo, estaba representado con una máscara de nariz aguileña y vestido con una túnica, y calzaba botas de cuero. Además, transportaba un martillo, con el cual golpeaba tres veces en la cabeza del difunto para hacer posesión de su cuerpo de manera simbólica. Este ritual aparece a menudo representado en murales de las tumbas etruscas, protagonizado por Charun.

El funeral de un gladiador

El gladiador caído era sacado de la arena en una litera, lo cual no representa una trivialidad, sino un acto de deferencia y reconocimiento hacia su estatus, pues al cadáver de un condenado a muerte se lo arrastraba clavado de un gancho, al igual que los animales muertos. Luego de ser llevado al *spoliarum* («lugar de los despojos»), el cadáver era despojado de su armadura para ser entregada de vuelta al anfiteatro o al *lanista*. También solía ocurrir un hecho harto curioso que nos muestra las creencias pueriles entre la gente de aquellos tiempos. Parte de la sangre del gladiador caído era envasada para ser vendida en un floreciente mercado que comerciaba con sangre de gladiador como remedio curativo para la epilepsia y la impotencia, entre otros males.

La cuestión del entierro quedaba grandemente facilitada cuando el editor donaba un enterramiento colectivo, llamado *polyandria*, en honor al gran espectáculo que aquellos hombres habían ofrecido. El cuerpo del difunto era entregado a quien lo reclamara. Podía tratarse de su propia familia de sangre o sus compañeros de *ludus*. Luego se procedía a encargar un epitafio. Era una práctica habitual conmemorar al gladiador fallecido por «haber sido un buen esposo, un buen compañero, y por haber luchado en la arena dignamente». El entierro se llevaba a cabo de manera colectiva tras un espectáculo de *munus*, incluyendo a todos los muertos de ese día en el mismo funeral, quizá para dar la única posibilidad a una familia gladiatoria de rendir homenaje a sus compañeros caídos. Es sabido que

ningún gladiador dejaría a otro sin enterrar, independientemente de la relación que hubiera tenido con él. Se trataba de una ofensa. El motivo más importante pasaba por el temor a que el fantasma del difunto pudiera volver para castigar a los que les habían ofendido. Había ocasiones en las cuales la misma escuela de gladiadores se hacía cargo del funeral si la familia del difunto no podía costearlo. El cementerio se encontraba fuera de los límites de la ciudad. Esta característica alude al hecho de que los gladiadores, al igual que prostitutas y actores, eran considerados infames, es decir, el último estrato social entre los romanos.

El final de la carrera

La edad de un gladiador en actividad oscilaba entre los 18 y los 40 años. Sólo los luchadores más diestros, cuya técnica en combate suplía satisfactoriamente a los achaques de la edad, podían mantenerse de pie hasta edades tan avanzadas, e incluso derrotar a otros gladiadores más jóvenes. Los esclavos o prisioneros que lograban llegar hasta el final de sus carreras, eran premiados con una *rudis*, la espada de madera que, en este caso, adquiría un significado simbólico. En los comienzos fue el editor quien tuvo a su disposición otorgar este codiciado galardón, a veces por propia decisión, y otras apelando al clamor popular; pero en época imperial, ese poder pasó a manos del emperador. La evolución de los premios muestra fielmente el estatus y prestigio que la gladiatura fue ganando dentro de la sociedad. Lo que antes había sido despreciado como un servilismo fue poco a poco apreciado como un arte, y la concesión de premios se convirtió en la manera de dar reconocimiento social a ese arte. Los hombres a los que se premiaba con semejante honor eran profesionales altamente valorados.

El gladiador retirado podía optar por seguir vinculado a la actividad en el papel de *magistri*, y más adelante *doctore*, cargos que le servían para enseñar la técnica de combate a los nuevos reclutas. Otra opción, era convertirse en árbitro durante la celebración de una contienda, ya sea como ayudante (*secunda rudis*) o principal (*summa rudis*). Los que más prosperaban y más inteligentemente invertían sus ganancias, tenían la oportunidad de llegar a ser *lanistas*, convirtiéndose en propietarios de su propia escuela. Había ocasiones en las que el *rudiarus* o ex-gladiador decoraba el espectáculo con apariciones estelares, en las que era bien pagado por volver a combatir ante las masas.

Las mujeres gladiadoras

La información de la que disponemos es muy escasa, pero gracias a una serie de restos de inscripciones y relieves se puede verificar que realmente existieron las mujeres gladiadoras. Esas fuentes nos hablan de la existencia de mujeres luchadoras, que lo hacían igual que los gladiadores, unas luchaban por placer y otras porque no tenían más remedio. Esclavas, prisioneras de guerra o simplemente mujeres de clase

baja buscaron la manera de ganar su libertad o de salir de la miseria mediante la lucha en la arena. Quizá la prueba gráfica más reconocida acerca de gladiadoras sea el relieve de Halicarnaso, datado entre los siglos I y II a.C., en la que es posible apreciar dos mujeres de pelo corto, posiblemente esclavas o de bajo estatus social, cuyos nombres aparecen tallados en griego: Amazonia y Aquilia. Los romanos no crearon una palabra latina específica para designar a la mujer que luchaba como gladiadora; el término «gladiatrix» es una invención de los autores modernos. Apelando a algunas fuentes escritas, se puede deducir que esta clase de luchadoras serían designadas como *mulieres*, seguido del término que identificaba a su tipo de combate. Petronio menciona que en unos juegos organizados por el emperador Tito, participó una *mulierem essedariam*, es decir, una mujer que combatió montada en un carro. La *mulier* era de clase baja, diferenciada de las *féminas* o damas más distinguidas, y se supone que la primera tendría acceso a la arena. Sin embargo, Juvenal nos informa que mujeres de todas las clases sociales se sentían intrigadas por este fenómeno gladiatorio, y que ciertas señoras de buen estatus habrían acudido al anfiteatro como «voluntarias». De todas formas, siempre fueron severamente criticadas, pues en la sociedad romana no se esperaba que una mujer poseyera las virtudes masculinas.

El combate a espada entre mujeres tiene, al igual que su par masculino, origen en el pueblo etrusco. Nicolás de Damasco, en su *Atlética*, fue el primero en hacer mención sobre la intervención de mujeres armadas en los ritos funerarios: Los romanos presentaban los juegos de gladiadores, una práctica que les fue dada por los etruscos, no solo en los festivales y en los teatros, sino también en sus banquetes. Es decir, algunas personas a menudo invitaban a sus amigos a comer y a otros pasatiempos agradables, pero además podía haber dos ó tres parejas de gladiadores. Cuando todos habían comido y bebido lo suficiente, llamaban a los gladiadores. En el instante en que la garganta de alguno era cortada, aplaudían con placer. Y a veces resultaba que alguno había especificado en su testamento que las más bellas mujeres que había comprado debían enfrentarse entre sí, e incluso otro podía haber decretado que dos chicos, sus favoritos, debían hacer eso (4.153).

No se sabe con certeza en qué momento de la historia se estableció el combate entre mujeres en la arena; sin embargo, es posible llegar a intuirlo. A raíz de la *Tabula Larina*, decreto firmado por el senado en el año 19 d.C., se prohibió el reclutamiento gladiatorio de hijas, nietas y bisnietas de senadores o caballeros menores de 20 años. Por lo tanto, podemos suponer que en aquella época se había convertido en un espectáculo muy popular entre la población. Durante la época de Nerón, sin embargo, se llevaron a cabo muchos espectáculos, en los cuales, tanto hombres como mujeres nobles se lucharon en la arena renegando de su prestigio social.

«En ese año, las actuaciones de gladiadores se llevaron a cabo con una gran ostentación como los juegos del pasado. Pero muchas mujeres nobles y muchos senadores se degradaron bajando a la arena». (Tácito, *Annales*, 15.32).

Por aquel entonces, este combate singular ya se había convertido en una pieza indispensable para adornar todo espectáculo que deseara ostentar lujo y exotismo. Es indudable que presentar mujeres en la arena demostraba que no sólo se trataba de una presentación espectacular, sino también la riqueza y alto estatus social del *editor* que las ofrecía. Diversos escritores clásicos hacen alabanza de estas apariciones femeninas en el *munus*, calificándolas de «magníficas», «espectaculares» y «admirables». Suetonio, por ejemplo, nos cuenta que el emperador Domiciano «ofrecía espectáculos de caza y gladiadores también por la noche, a la luz de candelabros, y los combates no eran sólo entre hombres, sino también entre mujeres». Según parece, algunas mujeres también participaban en las *venationes*, como una tal Mevia que cazaba jabalíes en la arena.

«Ataviada a lo amazona, lleva el carcaj sobre el desnudo seno, Mevia lanza el venablo contra un jabalí etrusco» (Juvenal, *Sátiras*, I, 22-23).

Incluso el poeta Marcial hizo elogio de las gladiadoras que combatieron en la inauguración del Coliseo, llegando a comparar a aquellas mujeres con la diosa Venus.

“Marte, el dios de la guerra, está a tus órdenes con sus armas invictas; pero hay más: Venus misma está también a tu servicio”. (Epigramas, VI)

La prohibición definitiva del combate femenino llegaría en el 200 d.C. debido a una extraordinaria y violenta lucha que hubo entre ellas. Con esta orden emitida por el emperador Septimio Severo, se prohibía a cualquier mujer, sin importar cual fuese su origen, luchar en combate singular. Señalan algunos historiadores que quizá el hecho de que cada vez fuera más habitual ver al público enfervorecido durante los combates de mujeres de la élite romana que luchaban por placer y en libertad, hizo temer a una sociedad tan patriarcal como la romana la inversión de roles, lo que llevó a su prohibición.

Los combates entre mujeres eran excepcionales. El hecho de que haya tan pocas fuentes, quiere decir que se trataba precisamente de una excepción, la excentricidad de un emperador. También se conservan escasos yacimientos que puedan atestiguar la costumbre de celebrar este tipo de espectáculos. Conservamos cientos de epitafios de gladiadores que ensalzan su condición y victorias y, sin embargo, por el momento, no se conoce ninguna inscripción funeraria de una mujer gladiadora. No obstante, hay que señalar que se han hallado al menos dos tumbas que, por su ajuar funerario y por las características del cuerpo en su interior, los arqueólogos han identificado como pertenecientes a mujeres

gladiadoras. Sin duda, el caso más notable es el de Great Dover Street, en Londres. El segundo, es el cuerpo hallado en 2010 en Credenhill (Herefordshire, Inglaterra), el cual ofrece más dudas a los expertos. Sin embargo, aunque en ambos casos se tratase de mujeres gladiadoras, serían los dos únicos conocidos, y en ninguno de ellos se ha encontrado inscripción alguna.

Conclusión

«Hermes hace las delicias de Roma y de su siglo; Hermes es hábil en el manejo de todas las armas; Hermes es gladiador y maestro de la esgrima; Hermes es el terror y el espanto de sus rivales; Hermes sabe vencer, y vencer sin golpear; Hermes sólo puede ser reemplazado por sí mismo».

Con estos versos contundentes celebraba el poeta latino Marcial (40-104 d.C.) la gloria de cierto gladiador que alcanzó una enorme popularidad durante su época. Las gentes eran distintas. Debemos comprender que el mundo antiguo está saturado de violencia, e incluso con más frecuencia con la que solemos observarla en nuestro presente. Lo que a nosotros hoy nos puede parecer un acto execrable, en aquellos tiempos representaba el máximo aliciente para el público romano. A pesar de la evidente barbarie demostrada en algunos de sus espectáculos, en toda la historia de Roma jamás se alzó ninguna voz condenándolos, ni tan siquiera entre los máximos representantes de la cultura latina. Sólo el filósofo Séneca se atrevió a lanzar alguna tímida crítica contra esos juegos que consideraba nocivos.

Sin embargo, la violencia sigue dejando su huella en nuestro mundo moderno, en deportes que emulan las antiguas luchas de gladiadores, tales como el boxeo, la lucha libre profesional y los combates de artes marciales mixtas. Estos eventos atraen a grandes masas de público, como antaño lo hacían los *munera gladiatoria*, formándose en torno a ellos, una verdadera pasión por la brutalidad y la sangre. Sin ir más lejos, otros deportes que no se relacionan con la pelea de dos contrincantes singulares, también acarrearán una gran cantidad de seguidores que se desviven por alentar a su equipo o a su jugador favorito, al igual que los romanos hacían con sus gladiadores preferidos. Hay evidencias que muchos de ellos seguían a un estilo de combatiente en particular (el murmillo, el secutor o el retiario), y alentaban por cada una de esas clases mientras se sucedían los combates. Los equipos de fútbol de la antigüedad.

Los gladiadores han sido grandes deportistas de la antigüedad, y aquel eslogan de «seres grotescos y sanguinarios» que han llevado impreso durante cientos de años, no debe ser tomado de manera literal. Esclavos y criminales se convertían en las estrellas del momento; la mayoría de ellos, los *auctorati* o voluntarios, veían realizado su sueño de brillar ante los

ojos de la gente, de ganar cantidades de dinero que nunca antes podrían haber imaginado, y de honrar a los valores de una sociedad que vivía por y para la guerra. Graffitis, estatuillas, imágenes de gladiadores en lucernas y otros objetos cotidianos, nos demuestran hasta qué punto este espectáculo tan peculiar se había convertido en un gran entretenimiento de masas que, a pesar de su violencia explícita, sobrevivió durante varios siglos. Aún hoy, la figura del gladiador y su vida personal, continúa fascinándonos al igual que en aquellas épocas. Tal vez el ser humano nunca cambia, sino que transforma y adapta las antiguas costumbres a los nuevos tiempos todas las veces que sean necesarias.

BIBLIOGRAFÍA

Mañas Bastidas (2011), *Origen del deporte espectáculo de masas*, Granada.

F. Cidoncha Redondo (2017), *Los gladiadores, sus mujeres e hijos en las provincias occidentales del Imperio Romano*, Sevilla.

M. Pastor Muñoz (2017), *Las reformas de Augusto en los munera gladiatoria*, Granada.

M. Pastor Muñoz y H.F. Pastor (2013), *Educación y entrenamiento en el ludus*, Granada.

Campos, J. (3 de mayo de 2015). *El infierno etrusco*. Siglo XXI. <https://www.diariosigloxxi.com/texto-diario/mostrar/260592/infierno-etrusco>

Pinagua de Madariaga, J. (consultado en enero de 2021). *Gladiadores y sus armas*. Apuntes de historia. <https://www.apunteshistoria.com/historico/gladiadores-y-sus-armas/>

Armaduras medievales. Historia y evolución (consultado en enero de 2021). Aceros de Hispania. <https://www.aceros-de-hispania.com/infer.asp?ac=12&trabajo=listar&pa=armaduras-medievales-historia&sg=armaduras-medievales-historia#>

Clases de gladiadores (13 de septiembre de 2015). Revista de historia. <https://revistadehistoria.es/clases-de-gladiadores/>

Borfill, M. (6 de noviembre de 2019). *Gladiatrix, mujeres en la arena*. Gladiatrix en la arena. <https://gladiatrixenlaarena.blogspot.com/2019/11/gladiatrix-mujeres-en-la-arena.html>

¿Existieron las mujeres gladiatoras? (31 de marzo de 2019). Ad absurdum. <https://gladiatrixenlaarena.blogspot.com/2019/11/gladiatrix->

mujeres-en-la-arena.html

Gladiadores, sangre y arena en antigua Roma (2016). Mundo historia.
http://www.mundohistoria.org/blog/articulos_web/gladiadores-sangre-arena-la-antigua-roma

F. Castillo Sanz (2012), *El auctoratus: controversia entre libertad e infamia*.